

Voy a contar lo que me ha pasado y lo que no me ha pasado.

La posibilidad de que no me haya pasado nada es la que más me estremece.

¿Cuándo empieza el dolor?, ¿el primer síntoma? Quizá yo podría fijar el mío mientras sobrevuelo el océano Atlántico rumbo a San Juan de Puerto Rico. Aunque ese sería más bien el exótico o cosmopolita comienzo de una novela que tendría que firmar alguien que no soy yo. Un escritor peruano residente en USA o una autora de *bestsellers* entre históricos y sentimentales. Pero realmente sucede así; mientras sobrevuelo el mar constantemente diurno, noto la presencia de una costilla bajo el pecho izquierdo. Y, en la costilla, detecto una pequeña cabeza de alfiler que súbitamente se transforma en una huella de malignidad. Una fractura en la osamenta o el reflejo de una vorágine interior.

Voy leyendo un libro —siempre leo alguna cosa— con el que procuro distraerme del ruido de mi propio cuerpo, que suena, grita, me habla. Estoy harta de escucharlo. Durante unos instantes estoy convencida de que esta vez ya no hay marcha atrás y este viaje será el punto de inflexión hacia lo malo. Un poco más tarde, sé que no pasa nada con la misma seguridad con que hace un minuto se me secaba la boca porque iba a morir. El cuerpo está lleno de señales que algunas veces son la consecuencia de una presión ridícula. Una ventosidad. Pienso en clave cómica, y recuerdo a mi tía Alicia aquejada de un ataque de pedos en una sala de urgencias: ella se había diagnosticado un infarto. Se me tuerce una sonrisa. Malditas benditas malas posturas. Voy leyendo un libro y, como siempre ocurre, mientras uno lee a la vez va pensando en otras cosas y posiblemente esa sea la gracia de leer. El pensamiento paralelo. Paralelepípedo. Las figuras geométricas y los copos de nieve.

Voy leyendo las memorias de Lillian Hellman. Es un gran libro que consigue que mi mente se separe del runrún —cada vez más acusado,

innegable, no son imaginaciones— del dolor. La hija de puta de Lillian Hellman —lo siento, Lilli— describe los síntomas del cáncer de pulmón de Dashiell Hammett. Dice que no duele el centro del pecho. Dice que duelen los brazos. Una costillita. Falta el aire. Me asfixio dentro de la cabina del avión que sobrevuela el Atlántico rumbo a la ciudad de San Juan de Puerto Rico. De pronto, vuelvo a saber sin margen de error posible que me voy a morir antes de tiempo. Cojo una bocanada de oxígeno encapsulado en la cabina del avión. No es un oxígeno de primera calidad, pero me apaciguo. Dudo. Ignoro si es verdad o mentira este dolor que se compacta dentro de mí como el hormigón de las obras.

Me pregunto de dónde nace este miedo y, como soy una bestia extremadamente racional, descarto, quizá con demasiada precipitación u optimismo, el pánico a volar y sopeso dos posibilidades morbosas. Una, ya lo he dicho, es la de que me estoy muriendo realmente y este vuelo es el punto de inflexión hacia el declive. La otra es la de que, aunque no me esté muriendo en este instante y acaso —¿acaso?— tenga que afrontar esta misma situación dentro de algunos años, este tipo de experiencias me mina. Me come la piel por dentro como traviosos gusanitos aradores de la sarna.

Luego, en casa, un día rompo a llorar en el cuartito de la tele. El cuartito de la tele es el mejor espacio de la casa para romper a llorar. Exploto. No puedo mantener durante más tiempo el mutismo sobre un dolor que me atenaza cada vez más y se expande por mis brazos como veneno de medusa. No puedo reservarlo para mí sola. Guardármelo mientras muerdo un palo imaginario de película del Oeste y picadura de serpiente de cascabel. Tengo que compartir mi dolor y mi miedo para sacarlo de mí. O quizá me equivoque y todas estas lágrimas sean una manera de magnificar el daño y conferirle realidad. Solidificarlo. Alzarle un monumento. Pero no puedo contenerme y lloro con unos lagrimones enormes. Gimo. Me congestiono. Emito un sonido profundamente lastimero que a mi marido le llega al corazón. Me oigo a mí misma y me estremece escuchar un aullido que casi no reconozco. Como si no saliera de mí. Pero lo tengo dentro. En mi caverna. Él se pone nervioso y no sabe si tratarme con dulzura o levantarse bruscamente del sofá y huir hacia otra habitación para tranquilizarse. No sabe qué me pasa. Me dice que lllore a gusto y, al segundo, me quiere frenar: «Ya está, ya está».

Mis lamentos son umbilicales. Nacen del principio de la vida y de la era de los dinosaurios. Tiemblo y noto cómo adelgazo con las contracciones del llanto. Mi marido se pone nervioso: «Pero ¿qué te pasa?». Consigo articular con dificultad como la paciente de un logopeda: «Me voy a morir». Mi marido me sostiene la carita, esta carita que es más carita que nunca, carita de mono, ojerosa, entre las manos: «Me voy a morir». Frunce el ceño y yo le doy más explicaciones: «Ahora. Ya. Pronto». Mi marido procura esbozar una sonrisa, pero es consciente de que no debe restarle importancia a mi angustia porque, entonces, yo dejaré de llorar. Me pondré rígida y me

enfadaré mucho. «Pero ¿por qué dices eso?». Me gustaría ayudar a mi marido. Pero me enrosco. Soy una cochinilla. Busco la irradiación de mi propio calor, que en el berrinche casi se convierte en una fiebre. «Tengo un dolor». La cochinilla sentencia: «Es el dolor del que me voy a morir». Lo digo con la seguridad de los pensamientos fúnebres del avión y de mis noches de insomnio, que se remontan a los cinco o seis años. Mi sentencia es efecto de la observación constante de las punzadas y los ruidos de mis articulaciones y vísceras. No lo digo por decir.

Él me acaricia la cabeza: «Pero no, no...». Procura amansarme: «Pero iremos al médico, ya verás, no pasa nada». Me enroco: «No quiero ir al médico». Mi marido se enfada y, como se enfada, yo lloro más y lo contemplo con una mueca de infinito reproche que dice: «No me comprendes, no me comprendes». Después me retraigo. Tiemblo. Soy un pollo mojado. El enfado de mi marido solo es impotencia: «Mañana llamo para pedir hora». Tengo muchísimo miedo, porque intuyo que nada más verme el médico de cabecera, sin necesidad de enviarme a la consulta de ningún especialista, sabrá que me voy a morir. Mi misteriosa enfermedad, mi cabeza de alfiler, mi garrapata, será algo evidente e incurable. Me delatará el color de la piel o el fondo de un iris, que saldrá del ojo como una costra, para mostrar el mapa de mi recóndito mal. Mi piel expelerá un olor patológico por la cara interna de los codos y detrás de los pabellones auditivos.

«Tengo mucho miedo», pero estoy tan agotada que no me resisto. Lo dejo todo en las manos de mi marido como si él pudiese salvarme de algo que, igual que yo, tampoco conoce. Él me cree, pero no quiere creerme. Está seguro de que, si quiere ayudarme, no debe creerme, pero duda y se desmorona con contención ante la posibilidad de que lo deje solo. Si yo no estuviera, él se olvidaría de lavarse o de tomar café para desayunar. Se abandonaría. Dejaría de pagar la luz. O tal vez con ese vaticinio me estoy concediendo demasiada importancia. Estoy pecando de un exceso de romanticismo. Mi marido se aturde ante la idea de que uno de mis viajes no tenga billete de vuelta. Él me recoge de todas las estaciones a las que siempre regreso. Observo sus ojos vidriosos. Me gustan mucho. Gimo: «Me voy a morir y no voy a poder disfrutar de todas las cosas buenas que me

están pasando. Me voy a morir y os voy a hacer sufrir a todos. Me voy a morir sin poder disfrutar de mi felicidad. Me voy a morir sin ganas de morirme». Mientras hablo sé que no debería hacerlo porque mi mal, que es equivalente a mi maldad, se me está clavando dentro. Mis palabras producen heridas irreparables. Tal vez debería tragármelas. Mi marido me mira sin comprender, pero me agarra el cráneo, me besa, me dice: «No, no, no». Hace exactamente lo que yo necesito que haga. Está. No me manda a la mierda. No me insulta. Aguanta. Yo sé que aguantará siempre. Y en esa convicción me crezco, me derrumbo, mido mi amor. Y mi perversidad.

Abro el ordenador y a mi bandeja de entrada han llegado seis o siete ofertas de empleo para mi marido, un parado de cincuenta y seis años que ya no recibe ninguna prestación. Leo la lista de empleos sobre los que no podré hacer clic: limpiador con discapacidad, conserje autónomo, peón por horas, camionero con idiomas para Senegal, encantador de perros, dependiente con buena presencia, menos de 18 000 euros al año, sustitución cuatro horas semanales, chapista de muebles industriales... «¿Hay algo para mí?», me pregunta desde detrás de su periódico de papel. Ese es nuestro mundo. El otro —el de las aplicaciones del teléfono y la banca por internet, el de dejar de hacer cola frente a las taquillas del teatro— nos hace sentirnos prematuramente viejos.

Hoy he solicitado para mi marido un trabajo como actor de anuncios. Haría muy bien de abuelito dinámico, de señor que usa Grecian 2000 o que está estreñado. Aunque el estreñimiento es una dolencia de mujeres menopáusicas, apretadas, las que no pueden cagar en váteres extraños cuando se van de viaje y necesitan licuar su bolo fecal con un microenema que distiende por fin el rictus de la boca y también el de su ano sellado herméticamente. Nuestro culo es una caja fuerte. Sin embargo, los hombres plantan pinos como rascacielos de Manhattan y se comercializan para ellos eficaces productos contra la diarrea porque sus urgencias intestinales les impiden ligar o conseguir un puesto directivo. Coger un prometedor vuelo a Cuba. Hay que tener en cuenta la calidad y consistencia de la mierda para emitir buenos diagnósticos. La abundancia de cánceres de colon y de recto —últimamente disponemos de mucha información sobre todos estos asuntos— está prestigiando la proctología. Me alegro por los proctólogos. En un anuncio mi marido podría ser un médico que recomienda la ingesta

de yogures. También haría muy bien el papel de hombre maduro que por las mañanas necesita tomar actimeles para salir a hacer el gilipollas bajo la lluvia sin correr el riesgo de resfriarse. Haría muy bien de padre de familia que come *pizza*. Espero que lo llamen.



Mi ginecóloga es una médica experimentada. También es mi amiga, y por eso acudimos a ella en primer lugar. Es nuestra primera opinión, y hablo en plural porque ahora no solo yo me siento enferma, sino que mi marido también está enfermo. Está enfermo a mi lado. Enfermo conmigo. Pierde peso. No duerme a pierna suelta. Está sensible.

En la consulta, me siento terriblemente egoísta porque mi ginecóloga acaba de perder a dos hermanas a causa de un cáncer real. O tal vez la palabra para nombrar al monstruo sea *verdadero*. Un cáncer no es relativo ni ficticio. Es verdadero. Como el monstruo que se esconde debajo de la cama y me sopla las puntas de los pies. Es verdadero el monstruo de dentro del armario. Y el del alféizar de la ventana de noche. Los cánceres imaginativos son otro tipo de cánceres. Son cánceres que convocan a los cánceres. Los construyen. Mi ginecóloga se cree que me voy a quedar tranquila si me coloca su fonendoscopio sobre el esternón. No me conoce en absoluto. O sí me conoce y, pese a la seguridad que me quiere transmitir, sabe que mi bienestar durará el minúsculo lapso de tiempo que yo consiga dejar mi cabeza en blanco para decidir a qué huelen las nubes. Yo nunca me quedo tranquila. Ella debe de estar harta de mí y de todo. No creo que la ayuden ni el yoga ni la meditación trascendental.

Le digo: «Me duelen los brazos». «Me duele una costilla». «Fumo». «Me asfixio». Ella niega: «Ninguno de esos síntomas coincide con los del cáncer de pulmón». Una cosa son los relatos sobre el cáncer y otra los cánceres verdaderos. El límite entre la realidad y sus ficciones es un tabique de buen ladrillo rojo. Después me cuenta la historia de un médico que con cierta frecuencia acude a su consulta aquejado de un cáncer de mama. La posibilidad de que un hombre sufra cáncer de mama es inferior al 1%. El

hombre llega con la frente perlada de sudor y temblores en las manos. La lengua se le pone pastosa al abordar la descripción de sus síntomas. Mi ginecóloga escucha a su colega y ha de ser especialmente hábil para rebatir los argumentos de otro médico que conoce las sintomatologías y las patologías mucho mejor que yo. Yo solo las conozco por los libros. Margarita Gautier y otros enfermos de tisis, de leucemia, de esclerosis múltiple. Del corazón, sobre todo. O de las fiebres y visiones amarillas. Ella se olvida de la historia del doctor con cáncer de mama y continúa: «Fumar es una mierda». Me ausculta más: «Tienes un roncus». Me pide que respire profundamente: «Mocos». Me concentro en mi respiración y cojo todo el aire que soy capaz de acumular en los pulmones. La escucho: «El día que tengas un cáncer lo sabrás sin duda».

Pienso en mi situación. En mis certezas. En la alta estima y el odio simultáneo que me inspira mi propio cuerpo. El amor y la repelencia que, cuando era una niña de cuatro años, se manifestaban en un miedo cervical hacia el crecimiento de una variz en la pantorrilla. O hacia el desprendimiento de un riñón al dar un traspié. «Eres de mírame y no me toques». «Siempre tienes la boca abierta». «Eres una flor». Variaciones sobre el mismo *leitmotiv*. Mi voluntariosa y buena ginecóloga no me conoce en absoluto. Ella pone la guinda estoica del pastel: «Y cuando tengas un cáncer, no pasará nada. Solo te morirás. Es ley de vida».

Salgo a la calle. Mi marido me mira al trasluz para leerme el pensamiento. No hace falta. Estoy temblando.

Hace unos años escribí una historia en la que aparecía una mujer menopáusica que tenía la misma cara que Simone Signoret. Ahora que soy yo quien vive el climaterio, me doy cuenta de que mi relato era demasiado literario. No respondía al estereotipo, pero sí era forzosamente libresco y sofisticado. O puede que la sofisticación de esta metamorfosis verdadera supere la preciosidad de cualquier metáfora. Quizá me anticipé al imaginar la vida hormonal de Luz Arranz, a quien por cariño le puse el apellido de mi abuela, y debería haber esperado a conocer mejor alguno de los detalles importantes de toda esta sequedad que llega de golpe y te agrieta. Uso colirios de ácido hialurónico porque se me están secando los ojos. O quizá hice bien en escribir antes de tiempo porque un exceso de realismo hubiese restado atractivo a las frases. La segunda posibilidad va contra mis axiomas estéticos. Tengo muchos axiomas. Y sus simétricos opuestos.

Luz Arranz cuenta y anota los cigarrillos que fuma diariamente. Mastica chocolate y echa en falta el calambre ovárico y el correr de la sangre por los muslos. Rojo y blanco. Literaturas y sonetos de Góngora porque todas las sangres, salvo en casos de hemorragias patológicas y anemias ferropénicas, son recogidas por las compresas con alas. Luz describe en un diario la transformación de su anatomía, que es sobre todo de orden estético: abotargamiento, erosiones, el mecanismo de un reloj que deja de hacer tictac y la vulneración del orden de las mareas y las estaciones del año. Otoño, verano, primavera, invierno. Luz espera su sangre, pero su sangre no llega. Posiblemente se siente menos seductora. Echa de menos una determinada forma de mirar de su marido, que podría llamarse amor. O deseo. O las dos cosas a la vez. Luz no aprende a vivir por separado ciertas emociones. Ahí Luz y yo somos posiblemente la misma. Echo en falta el

deseo de mi marido. Pero solo para poder rechazarlo. Él y yo debemos aprender nuevas costumbres —besos de mariposa, abrazos lentos— y cambiarles el nombre a ciertos asuntos. Me pego a su cuerpo al despertarme. Me aprieto a su costado como si trepara por un árbol del que me diese mucho miedo caer. Me acurruco bajo su brazo como un cachorro mamífero. No me quiero ir.

Lo que yo no sabía es que la menopausia no consiste exclusivamente en una mutación que te hace sentirte menos bella. Es algo más íntimo. A algo íntimo que es a la vez algo físico yo lo llamaría algo *interior*. El climaterio es un asunto interior y pornográfico. No es solo una cuestión de imagen o de sequedad de piel, paulatina pobreza capilar, arañas vasculares en las mejillas, bolsas en los ojos, retículas de arrugas como el velo de un sombrerito chic. Sí, en todo me he fijado, y a ratos me importa. Empiezo a verme como un personaje prototípico de las películas de terror: el cuerpo de una jugadora de balonmano y la cara descascarillada. Sin embargo, lo peor es que la menopausia provoca un estado de la sensibilidad que te induce a creerte vulnerable y, consecuentemente, a serlo. Como si se tensaran todos los hilos de dentro de la caja torácica y una tirantez perenne te impidiera respirar. No se duerme bien, ni se defeca bien, ni los alimentos saben de la misma forma. No se huele igual y se camina con cierta prevención a las fracturas. Mi madre dice: «No me aguanto ni yo». Por las noches, sufro calambres en los dedos de los pies que no se parecen en nada a los movimientos reflejos, a la tensión, del orgasmo en ese otro pie, más joven, que antiguamente se estiraba y se encogía y cambiaba de número y rompía el cristal del zapatito por efecto del placer. Ahora soy una taza de loza de cintura para abajo. Me abrillanto con lejía. No quiero que me toquen. No me masturbo.

He perdido las ganas y aun así padezco una exigente necesidad de amor. Quiero las atenciones que se le dan a un peluche. Ese tipo de mimos. No respondo a los eficaces modelos de la mujer madura de una revista femenina. Al atlético entrenamiento con el vibrador y el lubricante para que la vagina no se selle como la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones. No me da la gana de responder a estos modelos ni forzarme para estar permanentemente pizpireta y operativa. Reivindico otros placeres después

Algo parecido a todo esto cuenta Elvira Navarro en *La trabajadora*. Recogemos una inquietud de época y escribimos estas cosas porque algo nos duele, porque somos mujeres, porque tenemos o no tenemos pareja, escribimos, tenemos y no tenemos trabajo, somos españolas y blancas, posiblemente feministas, posiblemente de izquierdas. Pero nuestros libros no están escritos con las mismas palabras y, en consecuencia, no, no son iguales. *C'est dans l'air du temps*.

Mi madre me recuerda la lista de los difuntos familiares. La tía Mari Loli murió de infarto. La tía Marisol se murió sola en su casa de un ataque al corazón y casi se pudre por culpa del calor y los ácaros de la alfombra. El tío Bienve murió a los treinta y pocos dejando viuda y tres hijos. Mari Loli, Marisol, Bienve... La rama de la familia con la que guardo cierto parecido físico que se acentúa ahora que me voy haciendo mayor —viejecita—, y compruebo que yo, como la tía Marisol, también me estoy quedando seca. En el brazo izquierdo noto dos venas que antes estaban cubiertas por la carne. Me repugnan, aunque poco a poco les voy encontrando encanto.

Mari Loli, Marisol, Bienve... Mi madre me recita la lista de los tíos abuelos por parte de mi abuela paterna, que, a su vez, también fue diagnosticada de insuficiencia coronaria. Mi madre escucha mi descripción de la garrapata y, empeñada en que pida cita con el cardiólogo, me recuerda mi listado de difuntos. Ella tiene su propio listado y algunas veces lo repasa como un álbum de fotos: el prematuro cáncer de garganta de su abuela Claudia, la muerte de su hermana, el tumor cerebral de mi abuela Rufina. Mi madre no puede dormir por las noches. Está nerviosa. Me recuerda mis antecedentes fúnebres. Lo hace con la mejor intención.

Sueño con mi madre en una pose absolutamente absurda. Lleva un biquini estampado y está recostada sobre una bala de paja. A pleno sol. Se cubre la cabeza con un sombrero cordobés. Con la mano derecha sujeta una copa de coñac y con los dedos pulgar e índice de la mano izquierda sostiene un cigarrillo. No lo tiene suspendido, como una señorita, entre los dedos índice y corazón. Sostiene el cigarrillo como un auténtico obrero metalúrgico, lleva los ojos muy pintados y, en mi sueño, aparenta tener unos treinta años y es ligeramente menos guapa de lo que mi madre es en

realidad. Lo cierto es que ella es de las pocas personas que, en estas circunstancias, me hace reír.

Cuando escribo —cuando escribimos— no podemos olvidarnos de cuáles son nuestras condiciones materiales. Por eso pienso que todos los textos son autobiográficos y a veces la máscara, las telas sinuosas y las transparencias que cubren el cuerpo son menos púdicas que una declaración en carne viva. No me interesa la manipulación de los selfies a través del Photoshop. Me importa más la mueca que el lenguaje que la adecenta. Que el filtro que blanquea cada diente y difumina cada arruga. Me interesa más la pipa que la pipa que no es una pipa. La autobiografía es la consagración de la realidad y de la primavera, y no las costuras para convertirla en un relato. El estilo es hablar de la tripa que se me ha roto. Puede que la incomodidad —el flato, la hemorroide, la fibra tumoral— me enturbie la inteligencia. Puede que esté profundamente equivocada. También me interesa cuánto me van a pagar por mis esfuerzos. Por el libro que corrijo justo ahora y que tanto, tanto miedo me está dando.



Me pregunta un periodista: «¿Qué te mueve a escribir?». Me lo pregunta este periodista y muchos otros quizá porque la pregunta es sumamente interesante o quizá porque ninguno de nosotros dispone de una gran imaginación para preguntar. Mucho menos para responder: aunque no me formulen este interrogante, siempre me las arreglo para explicar por qué escribo, de qué escribo. Repito mecánicamente una respuesta que hoy se me aparece en la máxima expresión de su significado: «Escribo de lo que me duele». Lo repito en cinco, en diez, en doscientas entrevistas. «Escribo de lo que me duele». Hoy veo con toda claridad que la escritura quiere poner nombre e imponer un protocolo al caos. Al caos de la naturaleza, a la desorganización de esas células dementes que se resisten a morir, y al caos que habita en el orden de ciertas estructuras sociales. La escritura araña la entropía como una cucharilla de café el muro de la prisión. Amputa miembros. Identifica —para sanarlas— las lacras de la enfermedad. Es un escáner. Ata con lazo de terciopelo rojo los voraginosos tentáculos del calamar gigante que expele, en los abismos del mar, un chorro de tinta negra que, organizada en grafismos, nos aclara un poco la visión.

Con el paso del tiempo —ya va para cuatro meses— y las visitas a mis médicos de cabecera —tres— han ido cambiando las hipótesis de diagnóstico: cáncer de pulmón, EPOC, ansiedad, insuficiencia coronaria, estenosis de la válvula mitral, divertículos esofágicos, nerviosidad, nada, dentera, hongos. Las pruebas y los resultados se demoran porque nada es urgente. Pero yo soy incapaz de pensar en otra cosa. Busco y me empeño en encontrar los nombres. Nadie pronuncia la palabra *menopausia*. Es un tótem o un tabú.

Un día ya no puedo más y lloro en la consulta de una médica de urgencias. Ella me pregunta: «¿A qué le tienes miedo?». Yo le respondo: «A estar enferma. A no poder trabajar». La segunda parte de mi contestación alimenta mi presentimiento de que tal vez esté completamente loca. Miro a mi marido, que siempre me acompaña. Traga saliva. La médica me abraza. No me gusta que me abracen los extraños. Ni siquiera cuando necesito consuelo. Ahora que lo pienso tampoco me gusta mucho que me abrace la gente conocida. Entre hipidos e interrogaciones le repito a la médica esa respuesta que me ha dejado asombrada: «Tengo miedo a no poder trabajar». Ya no lloro. No quiero una receta de ansiolíticos ni buenas palabras. Enfermo del miedo a enfermarse y del miedo a no poder enfermarse. A que se hunda el mundo. A que la enfermedad se relacione con la imposibilidad de pagar las facturas. Durante un rato tengo la certeza de que mi temor es razonable y de que estoy condenada a pensar con retruécanos como Santa Teresa de Jesús.

La médica se salta el protocolo y me da un volante para una placa torácica de urgencia. Aprieto el pecho sobre la superficie del aparato de rayos. Me doy ánimos a mí misma: «Estoy un poco asustada». La enfermera me responde: «Claro». La palabra que la enfermera elige para responderme, quizá para aliviarme, me tortura.

En menos de una hora hemos descartado el cáncer de pulmón.

Ocurren cosas muy complejas y su reverso. Todo a la vez.

Me importa mucho lo que piense mi padre, y esa preocupación no anida parasitariamente en la raíz de un trauma freudiano. Se llama respeto. Amor.

Dicen que es mejor tener y criar a un hijo cuando aún se es joven. No es verdad. Mi padre no soporta tener una hija vulnerable. No tolera mi angustia. Me llama loca. Lo hace con cariño, pero por la cara que le pongo me parece que después de llamármelo se arrancaría la lengua. Se le escapa. Quizá él se está defendiendo de su propio dolor al verme así, cada día más encogidita, con un hilo de voz y los ojos muy tristes. Mi padre me hace daño y no sé si me hiere como un revulsivo o porque no entiende nada, y él es también un hombre herido que solo acepta las llagas procedentes de las luchas cuerpo a cuerpo y se niega a dolerse por nada que no se pueda transformar: que los renacuajos se hagan ranitas o que llegue un momento en que un riñón ya no dé más de sí. «Pero ¿y la ciencia?», me pregunto yo para resistirme. Hemos llegado tarde a la ciencia. Y yo lo sé.

Ahora él no me quiere mirar por si se le empañan los ojos. No me quiere mirar por si le entran ganas de levantarse del sofá y darme el sopapo que nunca me dio. «Despierta, espabila, vive», me dice mi padre sin decírmelo. «No hagas gimnasia, no escuches al cuerpo, no seas barroca, bodegón, gusano, vive». Mi padre se pone enfermo cuando ejercito, en su presencia, mis abdominales. «Quién me lo iba a decir a mí». Mi dolor me lleva a experimentar una gran culpa. Mi dolor es un fallo que no puedo permitirme. La prueba irrefutable de una inteligencia débil.

A lo mejor esto es un castigo por no haberme perpetuado en la carne de mi carne. Si hubiese tenido hijos, hoy me preocuparía un hipotético accidente de moto, un embarazo no deseado, los incipientes síntomas de una leucemia que se manifiesta con un dolorcillo de muelas y una ligera febrícula. Por la ley de vida y la falta de trabajos dignos. Sería menos egotista y mis impresionantes conocimientos anatómicos —me duelen la escápula, el trigémino, el tubérculo conoideo— se desplazarían desde la observación de mi propio cuerpo a la evaluación permanente del de mis criaturas. Estaría, sobre todo, muy preocupada por saber dónde podrían caerse muertos mis hijos. De qué puta mierda iban a vivir. Y yo volaría fuera del nido, más compulsivamente si cabe, para traer a casa pajas, miguitas e insectos diminutos.

¿Han probado a buscar las palabras exactas para describir ese dolor, convertido en síntoma, que ayuda a los médicos a diagnosticar? El médico te lo ruega: «Tienes que ayudarme». A la vez tu mirada es una súplica y rebuscas dentro del baúl de palabras arrumbado en tu memoria. «Mi dolor es...». Nudo, corbata, pajarita, calambre, ausencia, hueco invertido, cucharada de aire, vacío de hacer al vacío, blanco metafísico, succión, opresión, mordisco de roedor, de pato, de comadreja, carga, mareo, ardor, el roce de un palo, una zarza ramificada dentro de mí, bola de pelusa, masticación de tierra, una piedra en la garganta o en la glotis o sobre un alvéolo, sabor a sangre y metales, estiramiento de las cuerdas de los músculos, electrocución, disnea, boca árida. Tengo tantas palabras que no puedo decir ninguna. Conozco bien el lenguaje y sus figuras retóricas. Pero soy tan imprecisa. No puedo explicarme y me da una taquicardia. Llego a las ciento sesenta pulsaciones. Miro al médico al fondo de los ojos con la desesperación de una muda. No hay mentiras ni metáforas para expresar mi dolor.

Echo cuentas. Hemos pagado por completo la hipoteca de la casa. No tenemos cargas familiares más allá de nuestra propia carga. La del uno y la del otro. Pagamos setenta euros mensuales de teléfono y conexiones a internet porque hemos conseguido una oferta maravillosa. La cuota de nuestra comunidad es de cuarenta y ocho euros mensuales a los que hay que sumar unos treinta euros de agua. La factura de la luz son aproximadamente cuarenta euros al mes. El gas nos cuesta unos cien euros mensuales en invierno. Yo pago una cuota de autónomos de casi cuatrocientos euros y, con el paro consumido, mi marido paga una de casi trescientos. Comemos pescado y verdura. No comemos carnes procesadas ni embutidos ni bollería industrial porque tenemos el colesterol alto. Nuestra cesta de la compra no es barata. Tal vez ascienda a cuatrocientos euros al mes. Mi marido fuma y el tabaco es caro. Pago cuotas de asociaciones y de partidos políticos. De fundaciones para la recuperación de la memoria histórica. Compró *kleenex* cada vez que un pobre me los ofrece por la calle. E, inexcusablemente, echo monedas en las gorritas de los músicos callejeros. Es verdad que no compro libros: me los regalan. Pero nos gusta ir al cine y comer de vez en cuando en buenos restaurantes. El nivel de vida de nuestros amigos está por encima del nuestro. Casi todos nuestros amigos son profesionales muy especializados que ostentan puestos importantes en empresas públicas y privadas. A veces prestamos, a fondo perdido, dinero a familiares que lo están pasando peor que nosotros. Últimamente acudo a un fisioterapeuta que me cobra ciento ochenta euros por cada cinco sesiones de tratamiento manual. Tenemos algo ahorrado. Estos son algunos de nuestros gastos.

Nuestros ingresos provienen de: distintas colaboraciones en prensa, no fijas, que oscilan entre los cincuenta y los trescientos euros brutos por

pieza; clases en distintos centros de enseñanza reglada o no reglada; conferencias por las que a veces pagan mil euros y a veces no pagan absolutamente nada; anticipos de textos de creación que nunca son demasiado jugosos; derechos de autor que a veces existen y a veces no; participación en jurados literarios... Se multiplican los trabajos y, como en el estilo, se funden el fondo y la forma, las enumeraciones del mío no son para mí un procedimiento manierista, sino una necesidad. La precariedad se expresa con la fractura y la brevedad sintáctica y, mientras tanto, se acumulan, se enumeran, se amontonan las palabras porque hay que sumar cien acciones para conseguir un solo fin. Todo está siempre en el aire. Algunas proposiciones son sintomáticas de todo esto que quiero decir: una revista me pide cincuenta y ocho textos en un año por los que va a pagarme mil doscientos euros brutos en total. Los hijos de los camareros, de los mecánicos, de los campesinos, incluso los hijos de los profesionales liberales de primera generación, somos el proletariado de la letra. Lejos quedaron los tiempos en que la cultura era un elemento de desclasamiento positivo. Estajanovismo puro. Oigo los ruidos machacones de las máquinas y veo a Chaplin ajustando las tuercas de la cadena de montaje y los botones de las mujeres. La vida consiste en trabajar todo el día y culparse por esos momentos en que no se está trabajando. Hay una desproporción, un inmenso desajuste entre esfuerzo y remuneración que me obliga a multiplicar el número de mis trabajos para poder mantener mi nivelito de vida. A todo tengo que decir que sí por el miedo a que no cuenten conmigo la próxima vez y porque echo cuentas y adivino que la línea contenida entre el eje de abscisas y ordenadas de nuestra economía descenderá inexorablemente hasta colocarse a bajo cero.

    Mi dentro siempre ha sido mi fuera, y mi espíritu, mi carne. Profeso esa fe y esa es mi religión.

    Mi dolor es una letra que se escribe cuando tengo miedo de no poder pagar las facturas o subvencionarme una vejez sin olor a vieja. Creo que esta confesión es absolutamente impúdica pero fundamental.



Hablo con mi marido de todos estos asuntos. Él procura leer con naturalidad mis cuentos y me dice: «¡Qué gracia! ¡Arqueóloga!». Nos comunicamos, pero sé que en el fondo no se ríe nada y no se conforma con la posibilidad de que las cosas que escribo sean ciertas. No sé si comunicarse es una actividad salubre. Él me calma. Después, cuando me quedo callada, no puede evitar formularme un montón de preguntas: «¿Estás bien?», «¿Es igual que ayer el dolor?», «¿Te duele más o te duele menos que hace un rato?». Las preguntas de mi marido me impiden olvidar. Me obligan a volver a escucharme. Hasta el más mínimo pitido del pulmón. A veces me gustaría echarle la culpa. Pero no puedo. Porque el dolor está realmente ahí incluso cuando yo finjo dejar de sentirlo.

El dolor me afea la letra. Coloniza el cerebro sin dejar espacio para nada más. Me deja en vigilia y, a la vez, idiotizada. El dolor me afea la letra y súbitamente me enfado mucho conmigo misma al hacerme consciente de que escribo como si de verdad fuese una hipocondríaca. Asumo el discurso de los hipocondríacos y me ciño a la mirada de lo que los demás esperan de mí. Pero hoy me rebelo. No soy una hipocondríaca. No estoy deprimida. Tengo un dolor. Una enfermedad. Lo reivindico. Me quejo.

Han debido de notármelo en la cara. Me encargan un trabajo que podría definirse como la inversión demoníaca del mal que me aqueja. Me proponen ser la *curadora* de un libro sobre remedios literarios. Curadora es la persona que está al cuidado. Se trata de *The Novel Cure*, un texto escrito en inglés que en sus adaptaciones a distintas lenguas requiere la atención de una escritora —o de un escritor— que redacte un prólogo y algunas entradas a propósito de obras sanadoras escritas en la lengua a la que se traduce el original. La tesis es que la literatura cura los catarros, las congestiones cerebrales o la esquizofrenia. Es un juego que se vuelca en el lado amable, en las posibles repercusiones beneficiosas de la lectura literaria. Las novelas son emplastos porosos, mostaza en el pecho, tisanas, infusiones, el caldito de pollo de mi abuela Rofi. A mí, sin embargo, me gustan los libros que producen orzuelos. Los que abren estigmas en las palmas de las manos. Los que aprietan la garganta y nos cortan la respiración.

Esto es una burla.

Pero, como siempre, no creo que pueda permitirme el lujo de decir que no.

Me encuentro en tal estado que mi madre no puede ayudarme por mucho que se esfuerce. Ella adopta una actitud positiva para la que se está esforzando mucho. Porque, como ya he dicho, compartimos el gen de la infelicidad aunque lo tengamos todo para ser felices. La conozco bien. Somos malcontentas, y mi madre, casi sobrehumanamente y por amor, busca razones: menopausia, enfisema, la insuficiencia coronaria de mi abuela o las extrañas dolencias del corazón que acabaron con mis tíos abuelos y tías abuelas a edades tempranas. Treinta, cuarenta años. Mi madre piensa en los flatos y en los dolores del reuma, en la celiaquía y el hipertiroidismo. «A lo mejor tienes los ojos un poquito salidos de sus órbitas». Mi madre parece conocer todas las razones posibles para la asfixia y las punzadas torácicas. Pero no quiere pensar conmigo en otros catalizadores de la angustia. En todas esas cosas que no se pueden arreglar.

Mi marido me pregunta: «¿Te duele?». Y aunque ese día, ese preciso instante, sea un poco más benigno que de costumbre, yo le respondo: «Me duele mucho». Me gusta ver cómo se entristece y se desmorona conmigo. Cómo se duele en mi dolor. Creo que no es bueno acostumbrarse a una felicidad excesiva. Animarse demasiado. Luego me siento mala y me alivio en mis malos sentimientos. Me desvíó de la cuestión central porque, en el fondo, no puedo olvidarme de que el dolor persiste. Y si se ha ido, puede volver a aparecer en cualquier momento.

El médico de cabecera me remite al ginecólogo, al neumólogo, al cardiólogo, al reumatólogo. Me hacen muchas pruebas que yo después aprovecharé para escribir libros, por ejemplo, este. Me hacen un análisis de sangre, una citología, una mamografía, una placa de tórax, una espirometría, un electrocardiograma, una prueba de esfuerzo, un ecocardiograma, más análisis de sangre, una densitometría. Voy a las consultas y me sonrío pensando en lo caras que le salimos las locas a la seguridad social.

Incurro en la ingenuidad de creer que puedo elegir ideológicamente el origen de mi dolor. Si es un dolor del cuerpo o un dolor del alma o una típica interacción entre lo uno y lo otro que está condicionada desde un punto de vista socioeconómico por la presión de la crisis. Así de claro. Creo que puedo elegir ideológicamente el origen de mi dolor y sopeso los pros y los contras en una balanza que tiene como fiel el capitalismo. Si mi dolor es físico, en el platillo de mi balanza están: las industrias farmacéuticas, la posibilidad de un seguro médico privado ante la lentitud de lo público, sesiones de fisioterapia, aparatos ortopédicos, analgésicos, el lujo de una cesta de la compra concebida para el régimen lipídico y la vida sana. Si mi dolor es del alma, sobre el platillo de la balanza se depositan: la minuta del psicólogo, las pastillas que te receta el psiquiatra, la aromaterapia, el yoga, el rooibos y las hierbas para dormir, el equipo de *running* de Decathlon, el darse caprichos, un viaje caro, quizá un crucero... Sopeso los platillos de mi balanza y me doy cuenta de que estoy ideológicamente muy perdida.

Somos tantas las locas. Tantas. Natalia se queda embarazada y pare a un hijo precioso. Le ponen una lavativa, le aprietan el vientre, le hacen una episiotomía, le dan puntos. Lo normal. Después empiezan a llegar dolores que van de la ingle hacia el muslo y, más tarde, la parálisis parcial de la pierna. Natalia pasa por un calvario y por un rosario de médicos que no le encuentran nada. «Depresión posparto». «Ansiedad». «No aguantáis nada». Natalia se encuentra cada vez peor. Le recetan ansiolíticos. Pero ella no se los toma porque sabe que no está nerviosa. Reivindica que está enferma. Durante un año, dos años, tres años. Natalia es una mujer bienhumorada que imparte sus clases en la universidad con la pierna a rastras. Vuelve al médico y se produce un milagro. Por fin, le dicen: «Está usted enferma». Natalia está en un estado precanceroso por infección. Cosieron mal el corte de su episiotomía y se dejaron dentro una hilacha de venda. «Los ansiolíticos podrían haber encubierto los síntomas. Podrías haber muerto». Natalia mira las pastillas con la misma renuencia que la primera vez. Se siente orgullosa de sí misma porque muchas veces estuvo a punto de rasgar el blíster y sacar una pastillita. Apaciguar el animal del dolor. Calmarse. No ir contra el mundo. Fluir a favor de la corriente. Natalia pasa por el quirófano. Tiene secuelas. Pero ahora está feliz porque sabe que ni estaba loca ni era floja ni estaba equivocada. Se ha quedado de nuevo embarazada y ha dado a luz a una niña.



Cuando yo era pequeña mi madre me hacía una recriminación: «Siempre estás con la boca abierta». Abría la boca cuando me cortaba con el filo del vidrio que protegía un cuadro. Cuando me clavaba una chincheta en la barbilla. Cuando me ponían una inyección o me sacaban sangre. Cuando me hacía un corte en la pierna con los hierros oxidados de un carro viejo —era gris azulado— y me ponían la antitetánica. «Solo es el recordatorio», me consolaban. Como si el recordatorio doliese menos. Abría la boca cuando me despellejaba las rodillas contra el pavimento del patio del colegio. Cuando se me movía un diente y me lo arrancaban con un hilito. Cuando no podía hacer caca. Cuando me daba un golpe y comprobaba con mis propios ojos cómo la vena se rompía y la carne se iba amoratando. Cuando me quemaba con la punta de un cigarrillo o con un utensilio de cocina. Cuando me saltaba la grasa del beicon en el antebrazo. Cuando me sangraba un padraastro. Cuando me dolían los oídos a causa de una otitis o me salía una llaga en la boca. Cuando me rompía los dedos jugando al balonmano. Cuando se me infectaba una picadura. Cuando pasaba miedo por las noches. Cuando tenía frío.

Hoy he decidido no volver a abrir la boca. Disimular los dolores. Contestar solo si me preguntan. Atenuar la intensidad del picotazo del águila o la succión de la garrapata. Los reflejos del dolor hacia arriba y hacia abajo. Hacia la izquierda o la derecha. Ser la mujer resignada que nunca fui y que nunca quise ser. No lo consigo. Me lo notan. Pero esta vez no es a propósito.

Tengo cuarenta y ocho años. No. En realidad, tengo cuarenta y siete. Hace dos años que no tengo la menstruación. Soy una mujer de éxito llena de tristeza. Temo que se mueran mis padres. Mi marido está en el paro. Trabajo sin cesar. No quiero quedarme sola. He tenido mucha suerte. Me han querido tanto. No sé ganar. Ni perder. Me da pánico no disponer de tiempo suficiente para disfrutar de tanta felicidad y tantos privilegios.

Recupero los mensajes que mi marido y yo nos enviamos cuando estuve en Colombia. Son un intercambio epistolar escrito por teléfono. Con dos dedos. A veces los mensajes iban con copia a mis padres. Para su tranquilidad.

El 29/01/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Querido mío, todo está fenomenal. El desayuno excelente, en un claustro acojonante. El hotel maravilloso. Me voy a una expo de fotografías y a pasear por Cartagena. Te quiero mucho. M

Hola, mi amor. Comí respetuosamente para mi colesterol y cené a la colombiana como un cochino jabalín: butifarras, queso con patacones, arepas fritas y rollitos de la viuda. La ciudad es muy alegre y muy bonita. Me invitaron a cenar unos amigos, así que yo les invité a las copas en el hotel. Los margaritas, fenomenales. Mañana me voy a bañar en la piscina. Dales a los papás noticias mías. Un beso grande. ¿Cómo está Cala?

Precioso paseo por la ciudad con los amigos. Margaritas y cervezas. Precioso. Te va a llegar una cuenta que te caaaaagas. Te echo de menos, aquí, en el hotel.

El 30/01/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:

Qué bien, qué alegría. Cala con celo, pero bien. Ayer en el acto de David todo el mundo me preguntó por ti: Belén, David, José, Edurne, Begoña la de la librería, Natalia... Aquí todo perfecto. Te echamos de menos. Normal. No te cortes, funde la tarjeta. Duerme bien. José me dijo que los desayunos del hotel son fantásticos. Disfruta mucho, amor y besazos.

El 30/01/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Los cuervos en Cartagena se comen las frutillas del desayuno. Todo, todo es tan *garciamarqueciano* que sospecho que él no existió. Los patios de las casas, la vegetación, la amabilidad, todo abrume. Lo de hacer sociales es cansadísimo. Pero cuando me baño en la piscina y después tomo el desayuno con mis guacamayos me siento una milady. Me llaman *dama* por aquí. Ahora me voy de paseo a disfrutar un poco más de la ciudad. Es un decorado, pero tan tan sensual y luminoso que me importa un pito el punto de limpieza exagerado. Y el *glamour*. Estoy muy bien físicamente. Incluso hago caca: serán las frutillas. Mil besos para todos. Dáselos de mi parte a la mamá, que ella no está *internautizada*.

El 30/01/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:

Me alegro mucho. Dices unas cosas preciosas. Caca. Aquí muy bien. He ido a recoger restos de la fiesta a casa de los papás. Mañana y pasado comemos juntos. Se te echa de menos. Espero que tus actos vayan bien. Sigue disfrutando que es fantástico. Mil besos.

El 30/01/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Recién llegada de recorrer el centro. Solita. Ni un problema. Hermoso. Tabernas, tabernitas y terracitas por todas partes. La de cervezas que nos tomaríamos aquí tú y yo. Mucho venezolano exiliado. Mucha bulla. Combinación de lujo asiático y semipobreza, porque la pobreza de verdad está extramuros y ahí, solita, no voy a ir.

El 31/01/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:

Fantástico, qué bien, como con Charo y Ramón unas caballitas. Qué bien la piscina, ojalá hayas dormido bien. Que salgan muy bien los actos. Cala pesada, pero mejor. Te quiero mucho. Besos.

El 31/01/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

En este estilo telefónico que me caracteriza, os cuento que aún no he tenido el conversatorio con Almudena, pero he asistido a una charla y me he dado cuenta de que los pajaritos cartageneros penden de un hilo y de que en este gran escenario los ricos pagan sus boletas para reírse con

escritores que sabemos hacer de la literatura el espectáculo que no queremos que sea. Y la cosa es a la vez trágica y maravillosa, o tal vez es que yo tengo un gusano dentro que no me deja ser hedonista ni siquiera en el Caribe. Se respeta y se aplaude burguesamente la literatura y en el conglomerado de burgueses hay gente mala y gente buenísima. Todos nos sentimos muy listos y muy buenos, pero existen barreras que no se pueden traspasar porque te expulsan y, claro, quién no quiere disfrutar de las piscinas, las buganvillas y los róbalos del Caribe. A la vez a uno se le pone la carne de gallina cuando constata la cantidad de gente que viene a escuchar, a aprender... La cantidad de gente que aún cree en una literatura posiblemente espuria. Yo por mi parte no voy a discutir con nadie. Os quiere, Marta Hamlet Berbiquí

El 31/01/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:

Lo que me cuentas no te coge de sorpresa para nada. Por lo tanto, a disfrutar y a no pelear, of course. Las caballitas fantásticas. Quédate con la gente maja y vuelve a disfrutar en ese paraíso. Te quiero y echo de menos, mi vida.

El 31/01/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

¡Apagón! Lo que me faltaba, solita, de noche, en la habitación, con el cepillo de dientes en la boca, ¡apagón! Antes de eso un día tremendo: el conversatorio con Almudena bien, pero a la hora de firmar libros, ella tenía una cola del carajo y yo tres tristes tigres: lo cual es lógico en sí mismo y también porque el único libro mío que había era *Un*

*buen detective...* Después, el recitado de poemas ha sido surrealista: me he ganado el odio de un viejo poeta dadaísta —creo que me ha echado una maldición— y el respeto de un escritor colombiano actual. Iba a ir a una fiesta, pero al final no he ido porque me he quedado tomando cerveza y queso (me ha sentado fatal el queso) con los amigos en el hotel. El lunes por la tarde llamaré a Chari para anunciar mi llegada a Bogotá. Os dejo que siga sin luz. Meteré la cabeza bajo las sábanas.

Besos para todos. Me cuesta mucho no veros.

El 01/02/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Os recibo alto y claro. Me voy a hacer unos largos antes de desayunar. Ayer una monja se quiso hacer una foto conmigo. Es la primera vez que me fotografío con una monja. Seguiremos informando. Esto de la *wifi* y de escribir cartas por teléfono es mágico. Yo os quiero más. M

El 01/02/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Soy una escritora española desclasada que se pone de puntillas para ver algo y juega a la ecuanimidad para hacerse un hueco. Hay que ver cuánto estoy aprendiendo. Y los amigos que hago. He comido solita en el hotel, porque estoy un poco harta de sociabilidad.

Chema, ¿salió ayer en *Babelia* una crítica mía sobre Seumas O'Kelly? ¡Cuánto te quiero!

El 01/02/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:

Sí, salió el viernes. Me alegro mucho de haber hablado contigo directamente. Te amo.

El 02/02/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Estoy en el aeropuerto para salir a Bogotá. Me han soplado unos doscientos euros en cervezas en el hotel. Martita, la niña borracha

El 02/02/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:

Mi Martita que no se corte. Buen viaje.

El 02/02/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

En el hotel. Seguiré en la línea gastadora. No me queda más remedio. Aquí no tenemos incluidas las comidas, hay que coger taxis y los museos cuestan pasta. Cruza los dedos para que no me dé el soroche. Vengo del nivel del mar y esto está altísimo. Pero te amo, te amo y te amo, ¡coño!

El 02/02/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:



Esas cosas raras no te dan seguro. Diviértete mucho y no te cortes nada. Besazos, vida.

El 02/02/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Mal de altura, se llama. De momento la chikunguya no me picó. Vamos pasando los peligros.

El 03/02/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

¿Cómo os lo cuento? Es una ciudad increíble. Londres de casas de ladrillo rojo entre cerros altísimos. Hemos cenado en un restaurante buenísimo. Langosta. Salmón. Mero. Margaritas. Pagaba la embajada. El barrio de la Candelaria es magnífico. Mañana voy a ir al Museo del Oro, al Botero, a la biblioteca y a conocer más del centro porque la ciudad es inmensa y apasionante. Vivísima. El conversatorio ha salido muy bien. Pero Almu dena ha vendido un libro y yo ninguno. Aquí no están los ricos de Cartagena. No pensé que este lugar fuera tan fascinante. La librería del FCE es espectacular. Los cerros. Monserrate. Las calles. Mañana os contaré más. A ver qué tal me va presentando el *Fou*. Luego tenemos cóctel de gala con el embajador. Tenemos que venir aquí juntos.

No tengo ni soroche.

El 03/02/2015, José María San José <chemasanj@gmail.com> escribió:

Buenos días, cielo. ¿Ves como no te iba a afectar nada raro? Me alegro de que estés disfrutando tanto. Seguro que la presentación de *Amor fou* te va fantástica. No tengo ninguna duda. Mil besos.

El 03/02/2015, marta <msanz@hotmail.com> escribió:

Toda la mañana la he pasado caminando con Marina, una chica estupenda de la embajada que es como un hada madrina. Tengo la boca abierta. Ya te contaré en casa mientras veamos las fotos. He hecho como trescientas. Es alucinante. Mañana he quedado con una exalumna. He comido ajíaco. Ni te cuento lo que es para que no te asustes.

No puedo ya más de ganas de verte.

Me voy a la cama. Ha sido un día muy intenso. Lo de la presentación regular. He vendido cuatro libros y la chica que tenía que venir a recogerme no llegó porque según ella tuvo un accidente de tráfico. No se lo cree ni ella. Juan y Luciana me dieron mil besos para ti. El embajador casi nos mata de hambre en su recepción y nos hemos tenido que ir a comer una *pizza*. Eso ha estado agradable. De acá para allá en taxi como una aguerrida bogotana. Rica. Mañana ya me sobra, solo quiero verte. Da noticia de mí a los papás. Espero que Cala te haya dejado de cantar *Aída*. Mil besos.

Mientras escribo, noto que mi marido me está vigilando. Tal vez eso repercute en las cosas que me callo o en los momentos de énfasis. En la velocidad a la que tecleo cuando no me ven. En las pausas. Quizá hace bien en vigilarme porque, cada vez con más frecuencia, digo lo que no debo decir. La mujer templada que fui se descontrola y deja salir el borbotón de su rabia. O sale desnuda a la calle.

Desde el día de mi llanto compulsivo, mi marido no me quita ojo. A veces lo sorprendo apoyado en el umbral. A veces, si tardo mucho en salir del cuarto de baño o realizo un movimiento imprevisto dentro de la casa — salir al balcón, echarme sobre la cama, frotarme las sienes—, viene y me pregunta: «¿Qué haces?». Me molesta que me lo pregunte y a veces no le respondo, pero si no me lo preguntara, creo que me molestaría aún más y exageraría los gestos inusuales y las conductas imprevisibles. «¿Estás dormida?». Cuando trabajaba y tenía que levantarse a las seis de la mañana, mi marido conciliaba el sueño nada más apoyar la cabeza en la almohada. Siempre cuento una anécdota que resume bien mi perversidad en un momento de salud: acabábamos de acostarnos y él se quedó inmediatamente dormido; yo, envidiosa, le desperté a los cinco minutos informándole de que ya había sonado el despertador. Él se desperezó, entró en el baño, orinó —lo había hecho hacía cinco minutos— y abrió el grifo de la ducha, entonces lo saqué de ese despertar virtual que estaba viviendo, le aclaré que eran las doce y él volvió a la cama completamente feliz.

Ahora mi marido ya nunca se duerme antes que yo. A veces ninguno de los dos logramos dormirnos porque nos estamos esperando el uno al otro. Yo aguardo su calma y él la mía, un soplido, para poder bajar los párpados con cierta tranquilidad. Noto cómo me mira por las noches. Eso me inquieta

y provoca que últimamente yo también me preocupe por su salud. En mis viajes del insomnio, no cambio de posición, casi ni respiro. Él me está mirando. Se recuesta un poco para verme. Eso me inquieta, pero también me hace feliz.

¿Y si la reacción de mi cuerpo me está anunciando la enfermedad de otra persona?, ¿y si mi proceso de cristalización es el presagio de una pérdida?, ¿y si el poeta dadaísta colombiano me echó un auténtico mal de ojo y acertó a la hora de elegir lo que más me podía doler?

A mi marido todo el mundo le dice últimamente: «Estás más delgado». Yo no me había dado cuenta, pero ahora lo observo con más atención. Me pego a su cuerpo como un cachorro al despertarme. Huelo su piel inodora. Le acaricio la cara. Le cosquilleo los pezones cuando se lava los dientes. No, no lo quiero ni pensar.

Es posible que la vergüenza intensifique los pinchazos. La aguja fina se me clava en una región aparentemente desierta del torso. Me da vergüenza ser yo quien esté pidiendo los cuidados de mis padres cuando el orden natural de las cosas nos dicta que debería ser al revés. Qué hago yo con la voz quebrada cada vez que mi madre me llama por teléfono, qué hago yo rompiéndome cuando me pregunta qué tal estoy. Por qué le digo la verdad o incluso me pongo peor cuando me llama. Cómo no tengo la fuerza suficiente para disimular. Por qué siempre se lo cuento todo. Hasta esos pequeños detalles que perfectamente podría ahorrarme: «Mamá, me ha salido una llaga en la boca», «Mamá, hoy he tenido un sueño... Estabas sentada sobre una bala de paja y te protegías del sol con un sombrero cordobés», «Mamá, tengo un grano raro»... Entonces entramos en el capítulo familiar de los horrores dermatológicos. Las quemaduras con nitrógeno líquido y la protección pantalla total. Las pecas que mutan de la picardía a la malignidad. En todas las disfunciones corporales y domésticas —a veces los armarios se llenan de olores fantasmagóricos, las moscas anidan en la campana extractora— me expongo a que mi madre me aconseje, me corrija. «¿Mamá?».

Qué hago yo poniéndome colérica con mi padre al presentir que no logra entender las verdaderas dimensiones de mi dolor, mis sacrificios, y me pide cosas que no puedo dar. Por qué le grito para explicarle que me cuesta levantarme de la cama. Ponerme en pie. Pensar en otra cosa. Intentar esbozar una sonrisa. Por qué le grito «¿No ves que no puedo con mi alma?» y, después de haberle gritado, me doy cuenta de que es un hombre mayor y pequeño, frágil como un pétalo de rosa, y me arrepiento tanto que la garrapata de mi pecho crece alimentada por la sangre de mi ira. Por qué soy

tan mezquina y no me desenvuelvo como la excelente mentirosa que puedo ser. Por qué no me digo: «Eres una señora de casi cincuenta años». «Eres una señora». «Tienes edad de ser abuela».

Lo lógico sería que yo llamase por teléfono para interesarme por la tensión arterial de mi madre, por su insomnio crónico, por los resultados de sus últimas analíticas. Pero de repente el relato de los achaques de mi madre ha sido borrado por la crónica de mi dolor. La lógica nos impulsa a creer que lo normal sería que fuese yo quien acompañara a mi padre en sus revisiones oncológicas y le diese ánimos ante las buenas expectativas. Es posible que le eche la culpa a mi padre de ser un antecedente. Un antecedente patológico. Tendría que preocuparme por ellos, y sin dejar de preocuparme soy yo la que se duele, se arruga y se encoge. Soy un Gollum. Soy yo la que les restriega por la cara mi envejecimiento mientras ellos adoptan la sensata posición de no complacerse en el suyo.

Soy yo la que se siente patéticamente abandonada cuando mis padres, jubilados septuagenarios, me anuncian que se van de vacaciones. Mi madre me dice: «Es tu marido quien debe acompañarte al médico». Mi marido me acompaña a todas horas y las palabras de mi madre no son un reproche. Se me cae el ombligo seco. Mi madre me fuerza a crecer. Rompe con un martillito la urna transparente que rodea mi cuerpo. Yo, con mi mente bifocal, me debato entre la hipótesis de que mis padres no le dan importancia a mi tragedia o le dan tanta que no quieren subrayarla saliéndose de los cauces de la normalidad. O quizá se apartan de mi lado de modo que ya no tengo que preocuparme por ellos y puedo así regodearme en mi dolor y sanar antes. También es posible que el regodeo impida mi curación.

Es verano. Mes de julio. Hablamos todos los días dos veces por teléfono. Aunque no me sintiese tan enferma, hablaríamos el mismo número de veces por lo menos durante siete minutos cada vez.

Me dan el alta en la consulta de distintas especialidades. Acumulo informes alentadores. Mi marido me dice: «¿No estás contenta?». Él quiere que yo esté contenta a toda costa. Pero yo no puedo estar contenta porque aún no sé cuál es el origen de todo este peso oscuro. Sólido. Luego se me vienen a la mente las depauperadas caritas de los niños calvos y, pese al dolor, me siento una impostora. Enseguida me rebelo: yo también tengo derecho. A mi dolor. A mi propia y quizá no tan frívola aflicción. Siento otra punzada: el adjetivo *frívola* me duele tanto que casi rompo a llorar.



He ido a tres o cuatro médicos de cabecera. A una añada neumóloga que me sugiere un tratamiento basal contra la ansiedad y a una cardióloga con pendientes de perlas que me dice: «La ansiedad no existe. Vaya a un reumatólogo». La farmacéutica me recomienda tratamientos osteopáticos, bolitas de azúcar, vitaminas y placebos. He ido al fisioterapeuta. Tengo el volante para un especialista en aparato digestivo. Guardo los teléfonos de un par de psiquiatras. He estado en mi ginecóloga. Me duele. Mi última esperanza es solicitar los servicios de un exorcista.

Mi marido me anima a decir que no. No, no, no. Digo que no a cosas a las que antes habría dicho sí, sí, sí. Un viaje a Argentina. Otro a Río Preto de São Paulo. Él no quiere que vuelva a experimentar el dolor en su fase aguda —solo el runrún del dolor sería pasable— ni el miedo al ataque dentro de un hotel. La garrapata que ya no me asfixia pero me da toquecitos en el pecho con su zarpita estirada: «Estoy aquí», «Puedo volver en cualquier momento», «No te confíes». No quiere que, en la otra punta del mundo, entre los guacamayos y los *dry martinis*, solo quiera regresar del paraíso. No quiere que me hagan fotografías mientras me ahogo porque el aire no entra en mis pulmones por mucho que yo los fuerce para ensancharlos. No hemos querido comprar la revista en la que salían esas fotos. Debía de ser algo muy parecido a un cadáver.

Mi marido tiene miedo de mi miedo, y de mi desaparición. No quiere que acepte trabajos por prevenir la pobreza o alfombrar la vejez con papel burbuja. «Haz solo las cosas de las que de verdad disfrutes». Me río torcida. Es como si él, que no es un ingenuo ni un hombre que no lee los periódicos —incluso está atento al precio del barril de crudo—, no mirase alrededor o pensara que ese alrededor a mí no puede afectarme. No puede afectarme la falta de trabajo, la carestía, las enfermedades terminales, el odio. Mi marido me encierra en la urna que mi madre acaba de romper y yo se lo agradezco. Se lo agradezco a ambos por razones diferentes. Pese al cristal de la urna, mi marido no pretende que yo no me vaya a donde me quiera ir. Si quiero irme a Marruecos o a Sant Sadurní d'Anoia, si estoy segura de que voy a ser feliz en Babia o en Sebastopol, él me anima, me escribe mensajes, me espera en casa con su mejor disposición. Luego, al volver, me dice lo que sabe que tiene que decirme para que yo no me enfade: «No me hago a la

casa sin ti», «No encuentro el sitio». Le respondo que eso es algo parecido a lo que ocurre cuando se te muere el gato. Él se ofende.

Ahora, mientras él no tiene trabajo y yo por prevención digo que no a casi todo y hago cálculos mentales sobre el derrumbamiento de nuestra economía doméstica, mi marido y yo nos levantamos y nos acostamos a la misma hora. No nos separamos ni un segundo. A veces es maravilloso. Otras veces pienso que no podemos seguir así. Le regaño: «No me leas por encima del hombro lo que escribo». Pero es una suposición, porque en realidad él espera con miedo las líneas que yo pueda escribir. Por si nos hieren. Sabe que tengo un extraño sentido de la autenticidad. Mi marido tiene derecho a mirar por la parte que le toca. Me paso el día hablando de él. Dándole vueltas de un modo más profundo a medida que pasan los años. Antes no nos pensaba. Ahora nos pienso. Siempre creí que repensar las relaciones, resobarlas, era el punto de partida para ponerles fin, y sin embargo ponerme a pensar en nosotros es sorprenderme. Quedarme con la boca abierta. Le regaño: «No me leas por encima del hombro lo que escribo», pero en realidad mi prohibición es una excusa para culparle de mi desconcentración o mi falta de ganas. Escribir para que no me vea, como si hiciera algo malo, como cuando me masturbaba siendo demasiado niña, me estimula. Si estuviese sola con el flexo encendido, abriría el correo electrónico y después la nevera para comprobar si tengo suficientes yogures. No me los como nunca. Él es el hombre imaginario que me persigue. Mi preferida fantasía infantil. Está y no está, yo pienso que está y corro. Me escapo con el deseo de que, por favor, por favor, me atrape. Con él a mis espaldas, ciego y mudo, no tengo ni un minuto que perder. Me siento sorprendida en falta, aunque sea absurdo. Por mi boca no muere mi pez.

En el fondo sí, creo que sí podemos estar juntos a todas horas. Porque nos da la gana y en nuestros momentos de separación —un respiro— nos asfixiamos incluso más que cuando no nos quitamos el ojo el uno al otro: «¿Estás bien?, pero ¿seguro que estás bien?, ¿seguro que no te pasa nada?». Somos hermanos siameses. Cigüeñas. Pajarracos. Ya no podemos vivir el uno sin el otro, aunque en los tiempos que corren esta relación de dependencia no sea muy publicitaria. No es que yo no sepa estar sola.

Aprendí a jugar sola y a canturrear sola. Escribo. No, no es un asunto que tenga que ver con la soledad en abstracto, sino con la concreta soledad de que no sé estar sola sin él.

Cada vez que digo no a un trabajo, la garrapata me desclava una patita del esternón mientras otra garrapata más pequeña —no sé si crecerá— se acerca tímidamente a mí y busca su hueco. Pese a todo, creo que me siento un poco mejor. Aún no estoy muy convencida.

Mi marido apunta en un papelito mis ingresos mensuales. Me los canta como un niño de San Ildefonso. Gano 1256 euros en enero, 325 en febrero, 7000 en marzo, 122 en abril, 650 en mayo, 500 en junio, 1450 en julio... Mi marido me asegura: «Puedes estar tranquila. Muy tranquila». Y, sin embargo, yo miro por la ventana el suelo, el horizonte, y no, no me puedo confiar.

Del crucero recuerdo: «Papá, en Estocolmo, ¿hay boquerones?». Lo dice un niño antes de embarcar en el autobús que nos conduce desde el aeropuerto al buque que es como el satélite donde los terrícolas de *Wall-E* engordan sentados sobre sus flotadores mientras beben refrescos azucarados con pajita. «Chau, chau, chau», grita un animador con un gorro que finge ser la cabeza de un alce cuando, como niños ansiosos, nos vamos de excursión por las mañanas. Los camareros, los cocineros, los agentes de seguridad son malayos, indonesios, filipinos. El señor Palomba solo contrata personal muy sonriente. Y dúos musicales que a las ocho en punto de la tarde cantan «Parole, parole», «Strangers in the Night», «La garota de Ipanema», «Te regalo una rosa»... Una selección de temas tan internacionales como el pasaje. Los cruceristas —empresarios, funcionarios, policías, jubilados de semipostín, gente de medio pelo que se viste de gala para ir a cenar, lentejuelas moradas, lentejuelas verdes, plateados, pantalones pitillo de color teja, volantes, pelos de mucha peluquería, niñas que se visten de princesa por un día y recorren el barco de proa a popa: «*Guarda, la principessa!*»... Experimento la nostalgia clasista de los cruceros de Agatha Christie—, los cruceristas hablan con acentos garrulos y se ríen del personal que, con lengua más o menos de trapo, se defiende en cuatro idiomas. Las nacionalidades se anulan en la alianza del crucerista. No somos españoles, italianos, rusos, franceses, ingleses o alemanes, somos gente zafia, que está por encima del servicio. Ellos pagan y silabeán: «Quie-ro-un-cor-ta-di-to». Y se cabrean si no los entienden al primer intento. Estoy en mi salsa. Los cruceristas, que no se embriagan con el azúcar de sus combinados, llevan a cabo el siguiente monólogo interior:

«Vamos a disfrutar a tope, entonces bailamos zumba en el puente once a las once en punto, lo damos todo, pierna hacia atrás y pierna hacia delante, bajamos los párpados y vuelta, nos relamemos, arriba y abajo, otra vez, al ritmo del culo de la monitora, hacemos lo mismo que otras cien personas al mismo tiempo y, sin embargo, sabemos que no somos iguales, que somos mejores que ellos, que nosotros estamos haciendo un rato el ridículo tan solo porque queremos disfrutar al máximo de la experiencia, del dinero gastado, relajarnos, descargarnos de los miasmas cotidianos, y lo damos todo bailando zumba y luego nos beberemos tres cócteles anaranjados con sombrilla, pero miramos a nuestro alrededor, cerramos los ojos, y sí, claramente, somos mejores».

Hemos pasado por Estocolmo, Helsinki, Tallin y San Petersburgo, pero posiblemente eso es lo de menos. Mi madre no se ha sentido muy bien durante estos días. Le picaban los ojos y le dolían las articulaciones. Puede que el dolor de mi madre haya atenuado, umbilicalmente, mi propio dolor. O que todo haya sido una cuestión de intensidad y de tupido velo. Del efecto sanador de los destinos turísticos. De ese cambio de aires que me invita a no seguir pasando el dedo por el forro de piel que me alfombra la parte interna del torso y el vientre.

En el avión de regreso a casa, mis padres se cogen de la manita en el aterrizaje. El sobrecargo se inclina sobre ellos: «¿Es miedo o es amor?». La azafata no puede resistirse a pronunciar un comentario: «Que sigan ustedes así cincuenta años más». Mis padres son personas especiales. Se sienten orgullosos de su hazaña sentimental. Y dolidos. Escrutados en un gesto de su intimidad espontánea que hace dos décadas a nadie le habría llamado la atención. Se ríen y se ofenden. Es como si de golpe su vida se hubiese convertido en un espectáculo y el público, que por educación burguesa no debería decir ni mu, les hubiera hecho repentina y precipitadamente viejos. Yo, sin fijarme mucho, me doy cuenta de todo y me llevo los dedos al Bósforo de Almasý.